

 **REY  
D**ESNUDO   
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Anthony Grafton, *The Art of Magic from Faustus to Agrippa* (Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 2023).**

***Carlos Manuel Garcia***

*Instituto de Historia Antigua, Medieval y Moderna - Universidad de Buenos Aires /  
CONICET*

*garcia.carlos@uba.ar*

*Fecha de recepción: 25/05/2024*

*Fecha de aprobación: 05/06/2024*

*Fausto: ¡No! ¡Yo quiero un tesoro  
que contenga todos!*

Charles Gounod, *Faust* (1859), Acto I

**E**n tanto personaje legendario, Fausto “el mago” ha inspirado muchas historias. Según los relatos, fue un hombre erudito que, desencantado y desilusionado con los conocimientos convencionales aprendidos en el ámbito académico, se aventuró en la búsqueda de novedosas fuentes de sabiduría más allá de los límites humanamente permitidos y, con tal de obtenerlas, estableció un pacto con el Diablo que terminó por hacerlo

perder su alma. El mito del Fausto ha demostrado tener un enorme potencial narrativo en una vasta y variada gama de contextos culturales e históricos.

En *Magus: The Art of Magic from Faustus to Agrippa*, Anthony Grafton toma la historia de este personaje como punto de partida para investigar los procesos históricos que condujeron a la aparición del mago erudito renacentista.

Resulta casi innecesario indicar quién es el autor. Desde hace varias décadas, Grafton es reconocido a escala planetaria como uno de los principales especialistas sobre la historia cultural del Renacimiento. Desempeña su labor como docente e investigador en la Universidad de Princeton. Sus trabajos han girado alrededor de las trayectorias de figuras prominentes del humanismo italiano como Girolamo Cardano y Leon Battista Alberti. Asimismo, ha examinado los desafíos intelectuales que enfrentaban estos *savants* renacentistas. También ha abordado el tema de la erudición y la materialidad de los textos en otros de sus escritos.

*Magus* —el libro que aquí reseño— tiene 289 páginas y se divide en una introducción seguida de cinco capítulos. No tiene apartado de conclusión. El aparato de notas no se encuentra al pie de página, sino al final del texto, lo que hace que la lectura sea mucho más fluida pero dificulta el rastreo de citas a las fuentes y a la bibliografía secundaria.

La introducción tiene un objetivo específico: proponer un análisis exhaustivo de la figura del mago desde la Baja Edad Media hasta la primera Edad Moderna, utilizando como punto de partida las vivencias de Fausto. En lugar de centrarse únicamente en la dimensión “mítica” de su figura, Grafton recupera al Fausto “histórico” en tanto mago erudito y de oficio. Más allá de los relatos exagerados que rodeaban su figura, los registros históricos sugieren que este era poseedor de un conocimiento muy profundo que le otorgaba un acceso especial a los poderes secretos de la naturaleza (ocultos para el resto de los hombres) así como, a veces, de manera simultánea, a la asistencia angélica y la diabólica.

Georg de Helmstadt —figura histórica asociada con Fausto y fuente de inspiración para el mito literario— nació, justamente, en Helmstadt (o tal vez en Knittlingen), cerca de la Selva Negra durante la segunda mitad del siglo XV. Ingresó a la Universidad de Heidelberg hacia 1483 y obtuvo su licenciatura y su maestría hacia fines de esa década. Una vez graduado, el barón Franz von

Sickingen, un influyente noble territorial, le dio su patrocinio para que pudiera ejercer la docencia. Sin embargo, tiempo más tarde, fue acusado de sodomía con estudiantes, lo que se tradujo en la pérdida de su plaza de enseñanza. A raíz de este incidente, emprendió una larga travesía por las ciudades del Sacro Imperio, convirtiéndose gradualmente en una figura legendaria. Es plausible reconstruir su trayectoria pero solo de forma fragmentaria, a través de registros e informes dispersos de sus actividades. En la mayoría de los burgos que visitaba, Georg de Helmstadt era profundamente despreciado y rápidamente acusado de practicar la nigromancia. Se lo tenía por charlatán excesivo, se le sindicaba como cómplice del demonio y, debido a su recurrente comportamiento problemático e indisciplinado, frecuentemente se lo expulsaba de todos los lugares a donde iba (pp. 6-10).

Grafton argumenta que en el Fausto histórico ya se vislumbran, aunque de forma incipiente, todas las características esenciales que definirán al mago erudito de la temprana Edad Moderna. Partiendo de esta figura emblemática, el autor se propone reconstruir el surgimiento y desarrollo de la magia erudita desde sus inicios medievales hasta el 1533, momento en el que alcanzó su máxima síntesis con la publicación del *De Occulta Philosophia libri III* de Heinrich Cornelius Agrippa (p. 5). A lo largo de los capítulos, se vislumbrará la intrincada trama histórica en la que numerosos eruditos desarrollaron su conocimiento y realizaron sus prácticas, actividades que propiciaron la emergencia del mago como figura pública. A pesar de ser menos valorado que el artista, el inventor, el humanista (e incluso el reformador), este personaje desempeñó un papel significativo en el universo cultural renacentista. Además, sus habilidades lo igualaron a muchos de esos otros actores sociales (pp. 6; 16-17).

Desde una perspectiva historiográfica, el enfoque teórico elegido por Grafton para desarrollar su estudio sobre la figura del mago erudito encuentra su fundamento en los postulados propuestos por la historiadora inglesa Francis Amelia Yates, hace ya más de cincuenta años. En su famoso libro *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, la investigadora del Warburg Institute afirmó que la tradición hermética —corriente filosófica y espiritual basada en las enseñanzas atribuidas a un supuesto sabio egipcio de la antigüedad llamado Hermes Trismegisto que fueron redescubiertas por los humanistas durante el siglo XV— influyó de manera general en el desarrollo intelectual occidental durante la época del Renacimiento, fue imprescindible para la

aparición de la nueva magia del periodo y representó un papel fundamental a la hora de impulsar las ideas que dieron origen a la “Revolución científica”<sup>1</sup>. De acuerdo con su tesis, hombres como Pico della Mirandola y Marsilio Ficino (quienes también, para Grafton, jugaron un rol trascendental en la cristalización de la figura del mago erudito) sustituyeron la desacreditada magia medieval por una disciplina innovadora basada en el hermetismo y sus corrientes (p. 13).

Grafton reconoce que la “tesis Yates” ha recibido críticas y fue sometida a revisión historiográfica en los últimos años, pero no le da a ello mayor entidad. La elección de los postulados propuestos por la historiadora inglesa le permite sustentar parte del argumento principal de *Magus*, a saber, que los magos eruditos constituían un actor social definido durante el Renacimiento y compartían muchas características con los artistas, inventores e ingenieros de época.

La magia era una preocupación en el universo cultural cristiano de la Baja Edad Media. El capítulo 1 se encarga de reconstruir la borrosa e inestable frontera entre magia y religión en dicho periodo. La percepción de las prácticas eucarísticas (y de otras liturgias cotidianas) como acontecimientos maravillosos, la proliferación de santas vivas que podían realizar milagros y las prolongadas discusiones teológicas acerca de qué prácticas eran lícitas y cuáles no, causaban una profunda confusión en laicos y eclesiásticos (pp. 21-23).

La superposición entre el cristianismo genuino, con sus representantes del orden sagrado que se arrogaban la correcta manipulación de las liturgias, y la falsa imitación ritualista promovida por magos y hechiceros fue denunciada tardíamente por Nicolás de Cusa durante el siglo XV. Rompiendo con una tradición de larga data que distinguía entre la magia demoníaca prohibida y la legítima magia natural, el cusano fue el primer teólogo en rechazar por completo las prácticas mágicas, ya fueran eruditas o populares, incluso aquellas que hasta entonces se consideraban lícitas. Procedió a unificarlas en base a un denominador común: todas estaban inspiradas por el Diablo (pp. 17-21). Quizás el ejemplo más contundente de esto fue su feroz condena a la astrología, una corriente que había sido respaldada por destacados teólogos

---

1 Francis A. Yates, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition* (London: Routledge and Kegan Paul, 1964).

anteriores a él, como Roger Bacon y Alberto Magno, y que se practicaba en las cortes, las universidades y la Iglesia (pp. 23-39).

Pero las objeciones del cardenal-obispo no se detuvieron allí. También censuró con firmeza a todos aquellos que practicaban formas de magia menos eruditas. Al retomar un sistema de clasificación ya presente en los postulados de Isidoro de Sevilla y que, tiempo más tarde, alcanzó su máxima síntesis en la obra de Johannes Hartlieb sobre las artes prohibidas- el cusano rechazó la aeromancia, la piromancia, la hidromancia y la geomancia, entre tantas otras. Hartlieb, principal responsable del perfeccionamiento de este esquema de categorización, coincidió ampliamente con Nicolás en su análisis. Estas prácticas, tiempo más tarde asociadas a la figura del nigromante, eran realizadas por los sectores menos instruidos del clero y por los miembros de distintas órdenes monásticas que poblaban el occidente europeo (pp. 39-45). Aunque menos sofisticada, esta forma de magia tenía puntos de contacto y notables similitudes con la practicada por los astrólogos, pues ambas requerían el uso de libros y se caracterizaban, además, por ser muy dinámicas y cambiantes (pp. 46-47). Siguiendo a Grafton, la coexistencia de hombres eruditos y nigromantes populares a la hora de operar con magia diabólica, la importancia de los libros para realizar sus ceremonias, el predominio de clérigos entre sus principales ejecutores y las continuas readaptaciones y cambios en sus teorías y ritos fueron algunos de los hitos significativos que ayudaron a dar forma a la figura del mago erudito en los albores del mundo temprano-moderno. Mas no se encontraban solos (p. 48).

Los magos de fines de la Edad Media y comienzos de la modernidad no eran los únicos que buscaban explorar y operar sobre las propiedades ocultas de la naturaleza. Los artistas e ingenieros del periodo humanista —al igual que los astrólogos y nigromantes— también pretendían transformarla utilizando su creatividad e ingenio. El segundo capítulo del libro trata sobre ellos.

Durante el Renacimiento, momento de recuperación de la cultura y el pensamiento del periodo clásico, los debates sobre arte, técnica, literatura y estética (entre tantos otros temas) fueron muy importantes. Los eruditos coincidían en que una forma de honrar el legado cultural clásico consistía en apreciar las obras de arte y los monumentos arquitectónicos realizados por los

artistas y arquitectos del siglo XV (pp. 49-55). El *quattrocento* y el *cinquecento* fueron siglos de expansión creativa y técnica. Innumerable cantidad de inventores en búsqueda de mecenas y reconocimiento comenzaron a difundir sus creaciones y a promocionarse a sí mismos. Estos innovadores fueron llamados *ingeniature* o ingenieros ya que, tal como lo indica su nombre, se dedicaban al diseño y la realización de dispositivos ingeniosos. Poseían conocimientos muy variados que abarcaban desde la artesanía hasta la medicina y la astrología, los cuales usaban en su proceso creativo. Entre ellos se destacaron figuras como Dondi, Keysser, Taccola y Fontana, pero sin dudas el más célebre de ellos fue Leonardo da Vinci (pp. 59-63).

Muchos de estos ingenieros, además de crear dispositivos, practicaban la magia y contribuían con las “bellas artes” de la época, construyendo gigantescas máquinas teatrales que operaban sin intervención humana y que maravillaban a las audiencias durante eventos públicos. Al hacerlo así, sus conocimientos y habilidades se encontraban en perfecta armonía con el *ethos* humanista del periodo (pp. 63-74).

La pasión por los inventos no se limitaba a la arquitectura, las artes y la ingeniería, sino que incluso se extendía también al ámbito lingüístico. Un ejemplo claro de esto fue el método cifrado de escritura desarrollado por Leon Battista Alberti, una suerte de criptografía mágica combinaba posibles influencias intelectuales de Lulio con aspectos prácticos provenientes de ingenieros y agrimensores. Su “máquina para la elocuencia”, útil para el ámbito de la retórica, perseguía objetivos similares (pp. 74-82).

Los ingenieros desempeñaron un papel crucial en un periodo histórico que apreciaba la capacidad creativa al servicio de la transformación del mundo. A través de su esfuerzo, los hacedores de dispositivos ingeniosos realizaban maravillosos prodigios que evidenciaban, o al menos insinuaban, que eran poseedores de una comprensión muy profunda de los secretos de la naturaleza (pp. 82-89).

Los restantes capítulos del libro se dedican a estudiar personajes históricos reconocidos que contribuyeron de manera progresiva y gradual en la consolidación de la figura del mago erudito. El tercero de ellos se centra en Marsilio Ficino y Pico della Mirandola; y el cuarto en Johannes

Trithemius. En el último capítulo se aborda la figura de Heinrich Cornelius Agrippa von Nettesheim, paradigma modélico del *magus* renacentista.

La historiografía concuerda en señalar que con Marsilio Ficino y Giovanni Pico della Mirandola surge un nuevo perfil de practicante de la magia conformado por individuos socialmente poderosos, influyentes en su comunidad, y poseedores de un profundo conocimiento académico. Ficino y Pico personifican este ideal de manera ejemplar (p. 92). El primero, proveniente del linaje de una familia profesional de Florencia, se destacó por ser un experto en neoplatonismo y un hábil traductor del griego al latín; el segundo, noble de sangre, optó por apartarse de su destino familiar para convertirse en un estudiante prodigio y desarrollar un sistema de pensamiento filosófico-religioso-mágico a través del estudio de la cábala (pp. 92-94).

Ambos eruditos residieron en la ciudad de los Medici en la penúltima década del siglo XV. Sus cosmovisiones tuvieron discrepancias así como también múltiples puntos de convergencia. Mientras que Ficino era un ferviente defensor de la práctica astrológica y en una visión coherente, jerárquica y orgánica del universo (dependiente de su adhesión al neoplatonismo y a ciertas corrientes escépticas), Pico cuestionaba este sistema perfectamente ordenado e interconectado, así como la astrología en su forma más básica (pp. 94-97). Sin embargo, los elementos de contacto entre ambos eran muchísimos. En primer lugar, tenían la convicción compartida de que la magia era una herramienta vital que otorgaba al practicante la capacidad de operar sobre la naturaleza y realizar proezas. En segundo aspecto, creían que la magia no solo tenía el poder de cambiar el mundo exterior, sino que, a través de su propia praxis, también transformaba al propio mago, promoviendo su desarrollo personal y su autoconocimiento. Finalmente, consideraban que la magia guardaba estrecha relación con los libros (pp. 97-103). Ambos enriquecieron y expandieron las bibliotecas sobre tal materia: Ficino con sus traducciones de textos herméticos y de diversas fuentes griegas y egipcias a las que consideraba de gran antigüedad; Pico al sumar una amplia variedad de textos judíos y reinterpretarlos desde una perspectiva cristiana (pp. 103-119).

Ambos humanistas presentaron la tradición mágica a una audiencia más amplia dentro de la comunidad social e intelectual del periodo, especialmente, entre los miembros de la república de

las letras temprano-moderna. Por otro lado, también reivindicaron la idea de que los cristianos podían practicar algunas formas lícitas de magia (pp. 119-124).

El cuarto capítulo se enfoca en el benedictino alemán Johannes Trithemius. De condición humanista, fue un ávido coleccionista de libros que hizo gala de poseer conocimiento erudito en materia de filología, magia y demonología. Tuvo una conexión muy estrecha con la corte del Emperador Maximiliano I de Habsburgo, de quien fue consejero privado (pp. 126-130).

Trithemius condenó la brujería (reproduciendo en su discurso los estereotipos anti brujeriles que imperaban en el periodo) y sostuvo que todas las formas de magia estaban prohibidas para el buen cristiano, con excepción de la magia natural que se basaba en propiedades ocultas (pp. 130-134).

Un análisis más detallado de las actividades y obras de Trithemius nos revela un individuo ambivalente y contradictorio en relación con la condena de la magia. A pesar de su aparente rechazo radical a la misma, escribió una criptografía basada en sus contactos con miles de espíritus inferiores con los que mantenía conversaciones cotidianas (pp. 134-147). Sin hesitación, y con profunda sensibilidad humanista, exploró y practicó la criptografía angelical (que más tarde influenciaría a Dee) y la esteganografía (que tuvo impacto en della Porta), métodos de ocultamiento de información mágica similares a los encontrados por Pico y Reuchlin en la cábala (pp. 147-150).

Públicamente, Trithemius abogó por la magia natural y siguió los pasos de Roger Bacon y Alberto Magno al condenar prácticas clásicas como la necromancia. Sin embargo, en privado, su conducta fue, por lo menos, ambigua. Tal como lo hicieron Ficino y Pico, consideró que las formas lícitas de ejercerla eran de gran enseñanza para el practicante, pues no solo se operarían cambios en el mundo exterior sino también en la mente del mago (pp. 150-155). Además, siguiendo el ejemplo de los sabios italianos, Trithemius insinuó que él y sus allegados también formaban parte de un selecto grupo de intelectuales que constituían una auténtica comunidad mágica, un notable cenáculo académico unido por su intrincado conocimiento de los misterios arcanos (pp. 155-162).

El quinto y último capítulo se centra en Heinrich Cornelius Agrippa, figura clave que personificó el ideal de mago erudito renacentista. En el *De Occulta Philosophia*, publicado en 1533,

Agrippa exploró los misterios ocultos de la disciplina con un nivel de erudición y organización sin precedentes. Como resultado de ello, la obra se convirtió en algo parecido a lo que hoy conoceríamos como *best seller*, siendo ampliamente demandada por los compradores de libros del periodo y estableciéndose como un material de referencia indispensable (pp. 175-180).

Agrippa fue soldado, estudiante universitario y docente. Vivió en una época tumultuosa y fue contemporáneo al surgimiento de la Reforma. Por sus enseñanzas e ideas, jamás logró encontrar una posición laboral estable. Al igual que el Fausto mítico (e incluso el histórico) fue un itinerante viajero que ofreció sus servicios en distintas cortes reales y ámbitos a lo largo de Europa durante el siglo XVI (pp. 176-179).

El *De Occulta Philosophia* presentaba características que lo convirtieron en un manual único. En primer lugar, este tratado, dividido en tres libros, constituía una compilación excepcionalmente organizada y detallada de teorías y técnicas mágicas, con referencias precisas a diversas fuentes. Estas abarcaban desde la sofisticada ciencia de los humanistas italianos hasta las referencias de Plinio, e incorporaban también elementos de tradición y cultura popular. Con una profundidad que superaba a la de Ficino, el erudito alemán trazó un detallado mapa de las fuerzas interconectadas del universo, propuso complejas taxonomías y estableció que el practicante debía ser experto en astronomía, matemáticas y astrología (pp. 180-188).

Para Agrippa, el universo era una compleja red conformada por tres niveles: el terrenal o elemental, gobernado por la medicina y la magia; el celestial, gobernado por la astrología; y el intelectual divino, gobernado por la magia angelical y sobre el cual el mago podía operar. De hecho, la magia para Agrippa era una especie de filosofía practicada por el sabio y con derecho propio de existir (pp. 196-199).

A pesar de ser versado en estas temáticas, Agrippa —de forma muy similar a Trithemius— en muchos pasajes de su obra también fue crítico con la magia natural, la cábala, la teúrgia y la necromancia. Esto, señala Grafton, lejos de constituir una contradicción inexplicable, es fiel reflejo de las variadas y dinámicas reflexiones que el nigromante llevó a cabo durante todo el largo tiempo que se dedicó al estudio de estas materias. Como buen erudito, Agrippa era un hombre complejo atravesado por contradicciones y nuevos aprendizajes (pp. 188-195).

Dos elementos son importantes para tener en cuenta en su obra. En primer lugar, la escasa influencia que para él tuvo la cábala, tal como se observa en sus manuscritos, hasta que entró en contacto con Trithemius y con las obras de Reuchlin en 1520 (pp. 195-196). En segundo término, su profundo aprecio y reconocimiento por el trabajo de los artesanos, artistas e ingenieros, quienes, con sus inventos, ejercían un dominio sobre el mundo (pp. 199-205). Agrippa compartía con ellos la habilidad de crear dispositivos y autómatas mediante el uso de las matemáticas (pp. 205-210). De hecho, notaba similitudes entre las artesanías y la magia, ya que ambas causaban asombro, y se identificaba a sí mismo como mago e ingeniero (pp. 210-219).

Me gustaría concluir esta reseña resaltando varios aportes y contribuciones derivados de la lectura de *Magus*. A pesar de que en muchas fuentes bajomedievales y temprano-modernas los términos “magia” y “magos” hayan sido utilizados con una connotación descalificatoria o peyorativa, existieron sujetos históricos que estudiaron y practicaron lo que se conocía como “artes mágicas”. Estos individuos se consideraron, a sí mismos y a sus colegas, como conocedores y expertos en este campo. Durante el Renacimiento, los magos devinieron, al igual que muchos de sus contemporáneos, en eruditos expertos en tal arte. Es evidente que los magos de la era temprano-moderna se destacaron por su mayor nivel de educación en comparación con los de la época medieval. Allí radicaba su principal diferencia.

El elemento más enriquecedor de *Magus* radica en la afirmación de que el mago erudito renacentista constituía un fiel reflejo del *ethos* del periodo y que, lejos de ser un actor periférico o desconectado de sus entorno, era, sin lugar a duda, un personaje que participaba activamente en el entramado social, cultural y político de su época. A través de sus prácticas arcanas, buscó operar sobre la naturaleza y modificarla para su beneficio. En ciertas formas, su afán se asemejaba al de otros de sus coetáneos tales como los artesanos, los artistas, los arquitectos, los criptógrafos y los ingenieros, quienes, con sus conocimientos especializados, persiguieron objetivos similares. Ambos grupos compartían el deseo de manipular el mundo exterior y maravillar a amplias audiencias. Grafton sostiene que esto nos permite reevaluar el papel del mago erudito en su contexto histórico y su contribución a la evolución de la ciencia y la filosofía modernas.

En este punto, la influencia de las ideas de Francis Yates resultan incontestables. La importancia de los magos y su recuperación de la tradición hermética los posicionaba como sujetos influyentes dentro de la gran cadena que iba desde el oscurantismo medieval hasta el surgimiento de la Revolución Científica.

Sin embargo, considero importante mencionar el trabajo de algunos historiadores que en los últimos años no solo han revisado y reconsiderado exhaustivamente los fundamentos de dicho paradigma, sino que también han realizado contribuciones que merecen ser tenidas en cuenta. Las investigaciones de Antoine Faivre, Wouter Hanegraaff y otros académicos ofrecen una perspectiva más clara a la hora de abordar estos temas de estudio. Han propuesto sustituir los conceptos imprecisos y sesgados de “magia” y “mago”, por las nociones más amplias, complejas y matizadas de “esoterismo” y “esoteristas”. Formando una extensa red de *scholars* que al día de la fecha tiene un alcance mundial, los historiadores del esoterismo han dado una cronología y una caracterización más sistemática a ese fenómeno que Yates, tempranamente, denominó como “tradición hermética”. Estas “corrientes mágicas” no fueron sino complejas representaciones culturales que se encontraban sujetas a cambios históricos significativos y que no necesariamente conducían a la idea de progreso secular tal como lo había sugerido la sagaz investigadora warburgiana<sup>2</sup>. La incorporación de los aportes que estos investigadores han hecho -también tomando a Yates como piedra angular para su agenda de estudios- permitiría enriquecer los debates sobre el rol que los magos eruditos desempeñaron en la era del Renacimiento.

---

2 Wouter J. Hanegraaff, “Beyond the Yates Paradigm: The Study of Western Esotericism Between Counterculture and New Complexity”, *Aries*, vol. 1, no.1, (2001): 5-37.